

ofensas? Vosotras nos decís, quando venís à nuestros pies, que es cosa muy ardua para una simple y fragil muger defenderse contra unos enemigos tan fuertes y artificiosos. Pero además de que vosotras los provocáis con el luxo de vuestros vestidos, con la libertad de vuestras acciones, y con el artificio y dulzura de vuestras palabras; ¿no hay la constancia de una Inés à quien imitar? Ella era joven; pero no se gloriaba de serlo. Era hermosa; pero despreciaba su hermosura. Fue buscada de un hombre poderoso; pero le menospreció. Fue tentada por todo genero de ofertas; pero no dió oídos. Vió rendido à sus pies al hijo de un Prefecto de Roma; pero como tenia en su corazón al Hijo de Dios, se indignó contra la propuesta de este amante. Convirtió éste sus promesas en amenazas, sus servicios en menosprecios, su amor en furor, y empleó para vencerla otros tantos tormentos, como caricias havia empleado para seducirla; pero ella triunfó no menos del placer que de los tormentos, y salió de todo y en todo victoriosa. ¿Teneis, por ventura, vosotras enemigos mas terribles que combatir, tentaciones mas fuertes que sostener, ni ataques mas poderosos que rechazar? No, sin duda: pero teneis menos animo y menos amor à Jesu-Christo: y así, si sois vencidas, acusad à vuestra laxitud; imitad à nuestra Santa Martyr, menospreciad vuestra hermosura, evitad las conversaciones amorosas, temed las delicias, despreciad los tormentos, à fin de que habiendo vencido como ella en la tierra, triunfeis con ella en el Cielo. Así sea.

SER-



SERMON

DE SAN VICENTE,

PREDICADO DELANTE DE LA REYNA.

Exiuit Vincens, ut vinceret. Apocalip.
cap. 6. v. 2.

SEÑORA:

SI la condiccion de los Christianos es mas honrosa que la de los Soldados, tambien es mas difícil y penosa; porque aunque por un ligero premio se exponen à mil peligros, siendo víctimas de la gloria y de la muerte; sin embargo, no son responsables de los varios acontecimientos de la batalla. Y con tal que obedezcan en todo à sus mayores, nada mas se le puede pedir à su valor. Pero los christianos son una clase de Soldados, que tienen obligacion de ser siempre victoriosos. Y así, no les basta el pelear; es necesario vencer, si quieren triunfar con Jesu-Christo. Por cuyo motivo, para hacer el Panegyrico de San Vicente, no sería bastante el persuadir, que fue un exforzadísimo Soldado de Jesu-Christo; sino que fue un dichoso vencedor, que desempeñando exactamente las obligaciones contrahidas por el nombre de christiano, derrotó à todos sus enemigos. Es verdad

dad que en el Cielo, donde reyna con los Angeles, confiesa que toda la gloria de sus triunfos pertenece á Jesu-Christo; y que este divino General, que inspira el valor á sus Soldados, es el que dá la victoria á los que él mismo empeña en el combate. Imitemos, pues, el sentir de este Gran Santo. Saquemos nuestras luces, de donde él ha sacado su socorro; pidamos la gracia á quien le dió el valor; y rogando á la Virgen, que fue su Protectora, sea nuestra Abogada, digámosla con el Angel:

AVE MARIA.

SEÑORA :

Aunque Jesu-Christo vive en los Martyres, padece en sus tormentos, y vence en sus combates, es necesario confesar, que vivía de un modo muy particular en la persona de San Vicente; le inspiraba el valor, y le daba fuerzas para sufrir sus dolores, y vencer á sus verdugos. Asimismo, aunque el demonio reside en todos los tyranos, anima su crueldad, y excita su furor; con todo eso, se debe afirmar, que residía extraordinariamente en la persona de Daciano, y que se servía de él como de principal Ministro suyo, para fatigar la paciencia de nuestro ilustre Martyr: porque cómo hubiera podido este tyrano inventar tanta diversidad de tormentos, executar tantas crueldades, ni resistir á tantos prodigios como el Cielo hizo en favor de Vicente, si el demonio no se hubiese fabricado un trono en su corazon? Ni cómo el valeroso Martyr huviera podido vencer tan-

hab.

tos

tos artificios, sobrellevar tantos tormentos, ni triunfar de tantos verdugos, si el Hijo de Dios no le huviera fortalecido con modo muy singular? Por este motivo, contemplo yo este combate como combate entre el mismo Jesu-Christo y Lucifer. Y me persuado con S. Agustin, que así como la impiedad de Daciano era sostenida por la malicia del diablo, el valor de San Vicente era fortificado por la gracia de Jesu-Christo, y que estos dos Generales combatiendo en las personas de sus soldados, dieron las mas patentes pruebas de su poder y de su destreza.

Imaginaos, pues, Señores, á la Ciudad de Valencia como al campo de batalla, donde estos dos Principes, haviendo librado sus intereses, el uno en las manos de Daciano, y el otro en las de Vicente, disputan sobre la soberanía del Universo. Imaginad asimismo, que Daciano, movido del demonio que le posee, emplea sucesivamente la amenaza, el tormento, el deleyte, y por fin la muerte para vencer á nuestro Martyr: y que asistido Vicente de Jesu-Christo, triunfa de todos estos diferentes enemigos por su paciencia y por su valor: *Anima advertat sanctitas vestra quò diabolus suum perduxerit ministrum, & quomodo Christus suum servaverit famulum.* (a) O para explicar la misma verdad con otras voces, diré tambien con el mismo San Agustin, que no siendo apaciguada la colera de Daciano à vista de los muchos milagros que el Cielo obró en favor de nuestro Santo,

-Tom. I.

Yy

for-

(a) Aug. Serm. 1. de S. Vinc.

forzosamente era sostenida por la malicia del demonio ; y al contrario, que no habiendo podido ser vencida la debilidad de Vicente con tantos y exquisitos tormentos, fue necesariamente fortalecida por el poder de Jesu-Christo: *Tot convicta miraculis persistebat impietas; agnoscatur operata diaboli malignitas: tot versata suppliciis non cedebat infirmitas; agnoscatur ergo operata divinitas.* (a)

PUNTO PRIMERO.

El temor es una pasión que no perturba la razón menos que la colera, aunque no es tan violenta; porque dexandose sorprender de la infiel relación de los sentidos exteriores, pone à toda el alma en desorden, y vá à buscar el mal que aun existe con el pretexto de precaverle, y como dixo un Filosofo, añade à los presentes los males venideros, para hacernos mas miserables: *Nemo tantum presentibus miser est.* Pero si la prudencia, que regularmente acompaña al temor, nos es tan perjudicial, mucho mas lo es su credulidad. Siempre el temor nos representa el mal que tememos, mucho mayor de lo que es, ò será quando suceda. Forma de él imagenes terribles, y à medida que esta pasión es engañada por los ojos ò por los oídos, asi emplea toda su industria para abusar de la razón; y aun que es enemiga declarada de la esperanza, imita su conducta; pues así como ésta siempre atribuye ven-

(a) Id. ibi.

tajas al bien que busca, así el temor impone vanos horrores, y falsas dificultades al mal que huye, y con estos artificios, suele regularmente hacer mas daño que el mismo mal que se teme. Tan cierto es esto, que se han visto armadas enteras, à quienes un vano temor ha obligado à abandonar el campo; y soldados, que han sido desechos, antes de ser heridos por la espada del enemigo. San Pablo, sin embargo del generoso espíritu que le animaba, confiesa, que algunas veces no le afligia menos el temor que la lucha: *Fortis pugnae, intus timores.* (a) Por lo mismo el demonio que animaba à Daciano, le aconsejó procurase excitar esta pasión en San Vicente, para consternar su animo, representandole la muerte en el aspecto mas horrible que ser pudiese. Y aquel tyrano, obedeciendo à su Maestro, se sirvió de este cruel artificio. Y para conturbar desde luego la constancia de nuestro Martyr, le hizo ver por sus ojos los potros donde se daba el mayor de los tormentos, las tenazas, y las ruedas de cuchillos.

No hay duda alguna, en que la mejor muerte es tristisima y terrible; y por consiguiente, que la mas corta se le figura larguísima al paciente, y la mas dulce, cruel. Pero tambien es cierto, que unas hay sin comparacion mas terribles, mas largas, y por consiguiente mas rigorosas que otras. Una cuchillada que separa la cabeza del cuerpo, apenas puede sentirse; y es una muerte ésta tan pronta, que es necesaria particular pusilanidad

Y y 2 pa-

(a) Paul. 2. ad Corinth. c. 7. v. 5. no es de los que se

para temerla. Pero la rueda de cuchillos, donde tendian à los Martyres, despues de abierto por todas partes su cuerpo con heridas, y donde le dexaban desangrarse gota à gota hasta dar su espíritu al Criador, era una muerte tan funesta y cruel, que solamente una constancia prodigiosa seria capáz de sufrirla. Solamente el imaginarla horrorizará al mas esforzado. Y por haver la pasion del temor hecho con eficacia su pintura en la imaginacion de los sentenciados à ella, se ha visto alguna vez, que los tales han encanecido en brevisimos momentos, ò se ha perturbado su juicio, ò han muerto de repente. Y asi, Daciano no fue mal aconsejado, quando hizo presentar ante los ojos de Vicente, todos los instrumentos de los suplicios que le estaban preparados, para infundir la cobardia, ò excitar la pasion del temor en el espíritu de este generoso athleta; pues sabia muy bien aquel tyrano, que una vez excitada la referida pasion, pondria en desorden à todas las demás, por sujetas que estuviesen. Sin embargo, este primer esfuerzo fue inutil; porque el Martyr se burló del tyrano y de sus amenazas, sin que el temor hiciese la mas ligera impresion en su espíritu; antes bien venció un temor con otro temor, que es cosa mas extraña. Porque mirad:

Esta pasion que en los demás hombres es debilissima y laxa, se hace animosa y valiente en los christianos, quando es animada por la gracia; y les inspira un nuevo esfuerzo para triunfar dichosamente de sus enemigos. Y por eso la Escritura atribuye la fortaleza al temor, fundando las victorias de los fieles en el temor santo que tienen à Dios,

Dios, y en el respeto con que viven à sus divinos preceptos: *In timore Domini fiducia fortitudinis, & filius ejus erit spes.* (a) Y el Gran P. San Agustin enseña; que el motivo que tienen los justos para no temer à los hombres, es unicamente, el de temer à Dios: *Deum timendo, hominem non time-runt.* Y ved aquí el temor que animó à nuestro Martyr. Ved aquí el temor donde sacó el esfuerzo, y las armas para vencer las amenazas de Daciano. Ved aquí, en fin, el temor con que venció el otro temor, como dixé antes. Luego si nosotros imitamos à este gran Santo, seriamos mas valerosos y mas fieles en las tentaciones. Si temieramos como él à nuestro Dios, nos burlariamos de todos los asaltos del demonio; porque toda la seguridad del christiano consiste en este temor. Y asi, en qualquier peligro ò tentacion que le amenace, debe al punto representarse à sí mismo la justicia de aquel Señor que castiga à los que le ofenden, y recompensa à los que le sirven. Esta es aquella poderosa consideracion, de que en otro tiempo se valia San Agustin, para animar à las almas laxas y timidas, enseñandolas, que en qualquier tentacion del espíritu ò peligro temporal que se presente, no deben temer, sino à Dios; porque solamente su providencia es la que nos libra ò nos abandona en los peligros, asi del cuerpo, como del espíritu. Si una bestia feroz, dice el Santo, te acomete, teme à Dios: *Fera sævit, Deum time.* Si una serpiente se te acerca, teme à Dios.

(a) Prov. c. 14. v. 26.

Dios: *Serpens insidiatur, Deum time.* Si un hombre te persigue, teme à Dios: *Si homo te odit, Deum time.* Si el diablo, finalmente, te tienta, y te provoca, teme à Dios; porque todas las criaturas están sujetas al que os manda que le temais: *Si diabolus te impugna, Deum time. Tota enim creatura sub illo est quem iuberis timere.* Y esta también fue la virtud con que triunfó San Vicente de todas las amenazas del tyrano, y obligandole à pasar de las palabras à las obras. En efecto, viendo Daciano, que el temor no hacia impresion alguna en el corazón del Martyr, recurrió à los tormentos, y empleó el dolor para vencerle.

Si la alegría es el objeto ò el blanco de todas las pasiones agradables, si los deseos se acaban, las esperanzas reposan, y el hombre se considera dichoso; quando llega à poseer el bien que busca; por el contrario, el dolor es el fin de todas las pasiones funestas. Y así, quando el hombre se halla en el actual sufrimiento del mal que temia, se desvantece el temor, se retira el desasosiego, y queda el paciente enteramente miserable. Por eso es el dolor el enemigo mayor de la naturaleza; pues turba sus placeres, conspira à su ruina, y hace todos los esfuerzos posibles para destruirla. Y por tanto Dios se vale de él, quando intenta castigar à los rebeldes de su Estado. Los hombres tambien le emplean, quando quieren reprimir à los malos, y contener el curso de sus violencias è injusticias, recurriendo à los tormentos, que son ò los padres ò los hijos del dolor. Mas como los tyranos no están en el mundo, sino para exercitar la paciencia de los inocentes, se desvelan mu-

mucho mas para servirse de la referida passion, inventando suplicios, con que fatigar la constancia de los Martyres. Y así, no se contentan con hacerles sufrir unos dolores comunes ò regulares, sino que los buscan nuevos y extraordinarios; y aun estudian la composicion física del cuerpo humano para saber, por qué medios se podrá afligir todo el conjunto de sus miembros. Pero entre quantos tyranos se conocieron en el mundo, ninguno igualó al detestable Daciano, en materia de inventar tormentos para afligir à nuestro Martyr; porque ò sea que el zelo de su falsa religion le animaba, sea que el fin de agradar à su Principe excitase su ira, ò que la libertad de Vicente encendiese su furor; lo cierto es, que no hubo genero de tormento que no inventase para afligirle.

Los tyranos, à la verdad, tenian algun resto de humanidad en el exercicio de sus cargos; y quando cumplian con el de Jueces, se acordaban, sin duda, de que eran hombres, y que podian llegar à ser delinquentes ò miserables. Y así, se contentaban con servirse de aquellos castigos que estaban en uso entre las gentes; y quando añadian los potros, las torturas ò el brasero, condenaban á muerte al culpado, que acabando de este modo su vida, acababa por consiguiente con su tormento. Pero Daciano era un Juez completamente inhumano è impio. Deseaba satisfacer, por una parte su crueldad, exerciendo su oficio; y por otra, pensaba adquirir reputacion, obligando à los christianos á abandonar su creencia. Y así, despues de haver hecho tender à San Vicente sobre el potro de los tormentos, despues de haver-

le deshecho con azotes de rosetas, y haver descubierta sus entrañas con peynes de hierro; le mandó atar de pies y manos á una cruz. Y contemplando que este suplicio era suave, por ser comun, le hizo estender sobre unas parrillas encendidas, para que á fuego lento se acabase de consumir la poca carne que havia quedado sobre aquel doloroso esqueleto. Asimismo mandó echar porcion de sal en el fuego, para que del combate de estos dos contrarios, naciese un nuevo suplicio, desconocido hasta entonces de los Martyres y de los verdugos. ¿Pero qué se siguió á tantos y tan raros tormentos? Lo que se siguió fue cansarse los ministros, desesperarse Daciano, y burlarse Vicente, venciendo su infatigable fortaleza, quanto tormentos pudo inventar la crueldad del tyrano: *Quidquid pœnarum ferientis irâ excogitabat; insuperabilis fortiter patiendo vincebat.* (a)

Però lo que mas havia de maravilloso en este horrible espectáculo era, que quanto mas perdia de sangre nuestro invicto Vicente, tanto mas recobraba de vigor. Quanto su cuerpo mas se disminuía, tanto mas crecía su animo; y quanto el hombre exterior mas se consumía con las llamas, tanto mas el interior se fortificaba con la gracia. Y así Vicente, correspondiendo á la propiedad del nombre, parecia en medio de los tormentos, no como un sujeto miserable y afligido, sino como un heroico victorioso, cuyo carro triunfal eran las

(a) Aug. Sermon de S. Vincent.

mismas parrillas, que mudando de naturaleza, aparecian como el trono de un gran Principe. Bien conocia Daciano que quedaba vencido; pero su rabia se aumentaba por el hecho mismo de no tener, ni saber con qué podria añadir algun tormento mas al cuerpo de nuestro Martyr; pues aunque los verdugos, animados de las promesas y de las amenazas del Tyrano, hacian esfuerzos para complacerle, como no hallaban carne alguna en su cuerpo, en vano descargaban sus golpes sobre unos huesos descarnados y faltos de sentido: *Videbat namque desœvientium manus carnicum plus in eo manere vulneris quam corporis.* (a) En fin, la gloria de nuestro Martyr dió celos á Daciano; y como vió que todo el Pueblo admiraba su invencible fortaleza, aprendió que estas mismas alabanzas podrian dar algun esfuerzo, ó consuelo, á lo menos, á Vicente; y que privandole de esta gloria, y continuando el tormento, podria acaso triunfar mejor de su constancia. En efecto, mandó se le llevase de nuevo á la carcel, y que se inventasen desde aquel punto nuevos tormentos, que se havian de executar sin testigos, mirando tambien en esto á ocultar la verguenza de verse vencido, y el Martyr victorioso.

PUNTO SEGUNDO.

No solamente fue inventada la prision para custodia de los culpados, sino para su castigo. Es

Tom. I.

Zz

re-

(a) Idem ibi.

regularmente una mansion de tinieblas, donde no se dexa ver la luz, sino al través de alguna rejilla, ò por algunos resquicios que la reciben como por fuerza. Es un destierro que hallan los miserables en medio de su mismo país: es una servidumbre, donde está oprimida la libertad: es un sepulcro de vivos; y segun Tertuliano, * es una casa donde aloja el diablo su familia; esto es, à los criminales y miserables: *Carcer domus est diaboli, in qua familiam suam continet.* (a) Pero la carcel donde fue puesto nuestro Martyr fue mucho peor que las regulares; porque además de privarle de la luz del Sol, del consuelo de sus amigos, y del uso de sus miembros, estaba toda sembrada de puntas aceradas, para que renovando todos sus dolores, no permitiesen reposo alguno à un hombre, que la cama mas blanda huviera sido incómoda en el estado en que le dexaron los verdugos. Juzgad, pues, qué tormento no le daría un suelo erizado de tantas puntas, que bolviendo à abrir todas sus llagas, aumentaban sin cesar todas sus penas! Con todo eso, Señores, este lugar de horror y de tormento, se muda para Vicente en un lugar de delicias y placeres. La gracia divina fortalece su espíritu, y le dá bastantes fuerzas para cantar las divinas alabanzas en medio de la prision. Una luz celestial disipa las tinieblas del calabozo, y conduce allí el placer con la claridad. Y así, contra la esperanza del Tyrano halló nuestro Martyr en esta fu-

(a) Tertul. ad Marc.

nesta morada el remedio de todos sus males, y el consuelo de todas sus penas: *Fallitur vincendi opinione cæca crudelitas*, dice San Agustin, *nam divina bonitas infert novam tenebris lucem, & tabernaculum splendidum obscurum reddit erga stultum.*

Mas no era suficiente para Jesu-Christo el consolar à su generoso Athleta, sino que se digna de curarle con sus propias manos, y restituirle sus antiguas fuerzas. Y así bolvió su Magestad à llenar sus venas de sangre espirituosa, y à cubrir sus huesos de nueva carne, igualando con ella todos los huecos que en su cuerpo havian dexado los peynes acerados: *Fovebat laceros artus medica Dei manus.* (a) ¿No deseais vosotros ser de esta manera heridos para ser así curados? ¿no son preciosas estas llagas? ¿no son honoríficas estas cicatrices? ¿no es gloria y satisfaccion el servir à un Dios, que no olvida à sus Martyres en los trabajos; y que para honrarlos saca del dolor el placer, de las tinieblas la luz, y de la prision la libertad? Pues ved ahora el complemento del honor de San Vicente: los soldados que le guardaban viendo esta celestial claridad, escuchando aquellos angelicos conciertos, percibiendo aquellas divinas fragancias, y contemplando aquel calabozo convertido en Paraíso, corren admirados à casa del Presidente para hacerle saber estos prodigios. ¿Y qué juzgais, Señores, obró la novedad en este Juez? ¿de qué tristeza, digo, no

(a) Idem ibid.

fue poseído quando llegó à entender aquellas maravillas? ¿de qué espanto no fue embargado? ¿de qué furor no fue oprimido? *Tremor judicem occupat*, dice San Agustin, *dolor lacerat*, *furor inflammat*. (a) ¿Y qué, dixo el rabioso Presidente, un miserable cautivo ha de triunfar del poder de los Emperadores? ¿la magia ha de poder mas que la justicia? ¿Los Dioses inmortales, à quienes adoro, han de perder su causa en mi presencia? ¿Un delincente Español ha de vencer à un Juez Romano? Y en fin, ¿un Cristiano joven se ha de burlar con su obstinacion de la Religion, del Imperio, de los verdugos y de los tormentos? No: (dixo lleno de colera) no: y así, saquesele de la prision, traygasele à mi Palacio, para que sepa, à pesar suyo, que la casa de un Juez irritado es mas temible para un criminal que todos los calabozos del mundo.

Los Soldados obedeciendo sus ordenes asen à Vicente y le trahen. ¿Pero sabeis, Señores, en qué estado se hallaba quando pareció delante del Juez? Pues mirad: estaban cerradas y sanas todas sus llagas y heridas; su rostro y todo su cuerpo estaba rodeado de frescura y belleza; la alegría rebosaba en su semblante; la prision havia aumentado su hermosura; los dolores havian dado nuevo vigor à sus fuerzas: Por manera, que venia, al parecer, no à humillarse delante de Daciano, sino à desafiarle y echarle en cara su ningun poder, y su injusticia. Pero dexemos á San Agustin

(a) Idem ibid.

.bid. ubi: (a)

tin la descripcion de este milagro ò de este triunfo: *Profertur itaque ex illo tetri carceris harrathro, caelesti quidem gratia pulchrior, & si adhuc esset passurus, robustior*. (a) Sale Vicente de la prision, dice, como sale el Sol de una tenebrosa nube; esto es, con mas claridad, con mas belleza, y en disposicion de sostener nuevos combates, y de sufrir nuevos dolores.

PUNTO TERCERO.

Como Daciano vió que sus esfuerzos hasta alli havian sido inutilles, recurrió à los artificios; y no habiendo podido vencer al Martyr con amenazas, ni tormentos, resolvió corromperle con promesas y deleytes. De quantos enemigos tiene la virtud, ninguno es mas peligroso que la voluptad. Esta pasion se introduce en el corazon insensiblemente por los sentidos corporales. Tiene inteligencia secreta con la plaza à quien ataca: y así jamás la resiste el hombre todo entero; porque al mismo tiempo que se defiende por un lado, se siente por otro inclinado à recibir al enemigo. Esta pasion es la que arrastró à Sanson, la que deshizo à David, y la que triunfó de Salomon. Ella es la que consiguió tantas victorias sobre la Iglesia, trastornandola muchos hijos, à quienes la persecucion no havia podido derribar. Por cuyo motivo, notó juiciosamente San Agustin, que el mundo se vale de dos medios para perder à los Soldados

(a) Idem ibid.

dos de Jesu-Christo, el de la amenaza para acobardarlos, y el de los deleytes para seducirlos: *Duplicem actem producit mundus contra milites Christi, terret ut frangat, blanditur, ut decipiat.* (a) La Iglesia era Santa mientras duró la persecucion; y los tormentos solo servian para aumentar su vigor. Los verdugos hacian crecer el numero de los christianos, y solamente se disminuian los fieles en la tierra, porque iban à poblar el Cielo. Pero despues que la calma se siguió à la tempestad, y que el mundo omitiendo las amenazas, se valió de las promesas y de los placeres para corromper à los christianos, su valor se ha debilitado; su virtud disminuido, y ha perdido en el reposo lo que sus anteriores havian adquirido en el combate.

Instruido Daciano de estas verdades en la escuela del demonio, se resolvió lisonjear à Vicente para perderle, usando de las promesas, de alabanzas y de los placeres para seducirle. Dióle à entender la pesadumbre que tenia de haver maltratado à un hombre, à quien los Dioses havian curado milagrosamente, y se manifestó arrepentido de haverle hecho sufrir tantos dolores. Y mudando de conducta y de lenguaje, le obliga à acostarse en una cama, le corona de flores, y le ofrece empleos dignos de su valor y de su sangre. Puede ser que este artificio pasase mas adelante; y que imitando al de otro Juez infiel, hiciese venir mugeres hermosas, que con sus caricias intentasen des-

(a) Aug. Sermon. de S. Vinc.

destruir la castidad de nuestro Martyr, para hacerle perder la paciencia y la fé. El Profeta Balaam dió en otro tiempo este consejo à un Principe infiel, y le dixo: que el unico medio de vencer à los Judios, era el de empeñarlos en la idolatria por medio de la incontinencia, apartando los del Dios vivo, por el amor à las mugeres impúdicas. Salió como deseaba este artificio, pues corrompió à los Israelitas por la impureza. Hizo los idólatras, haciendolos amantes; y triunfó de su valor; luego que triunfó de su castidad. Mas no fue Daciano tan dichoso en su empresa; porque lo mismo fue advertir Vicente el peligro que le amenazaba; lo mismo fue conocer que el deleyte queria apoderarse de su corazon, porque lisonjando sus sentidos, despertaba sus pasiones, que al punto levantó sus ojos y sus manos al Cielo, y con una voz preocupada de suspiros, le pidió un favor à Jesu-Christo. ¿Y cuál os parece, Señores, sería esta súplica; baxo de un nombre tan agradable como es el de favor? ¿Juzgais que le pediria dignidades? Pero Daciano se las havia prometido, y no las havia aceptado. ¿Le pediria placeres? Tambien se los havia ofrecido el Presidente. No, no Señores: tenia intenciones mucho mas puras y desinteresadas. Lo que pidió fue la muerte para librarse de la sensualidad: llamó al dolor en su socorro para defenderse contra el placer, reconociendo que los tormentos no son tan funestos à un christiano como las delicias. Pues ahora, notad conmigo una cosa bien extraña: conq. bibuov. 221 Mientras que los verdugos servian à la crueldad del Tyrano, y dos potros rompian sus nervios,

y dislocaban sus huesos; mientras que los peynes de acero deshacían sus entrañas, y estando tendido en una cama de hierro, le devoraba enteramente un fuego abrasador, no se le oyó à Vicente un suspiro, no formó con sus labios un ruego, un voto, una oracion. Mas al punto que el placer le acaricia, y las delicias le alagan, implora el socorro del dolor y de la muerte para defenderse de ellas. Por manera, que en su juicio, las promesas de Daciano, y las caricias de una muger hermosa, eran mil veces mas temibles que las amenazas del Juez, y que los suplicios de los verdugos. Y esto no obstante, Señores, vosotros nadais en las delicias; os precaveis cuidadosamente contra todo genero de necesidades y adversidades; no negais diversion ò fruicion alguna à vuestros sentidos, inventais nuevos placeres cada dia; conversais frequentemente con mugeres; tratáis de agradarlas; pensais como seducirlas; y en medio de este cúmulo de peligros ¿esperais todavia vuestra salvacion? ¡Ah! ò San Vicente era un ignorante, ò vosotros estais ciegos; ò él era un simple, ò vosotros sois imprudentes. Pero el Juez celestial os condena claramente; porque si este Señor condescendiendo à los deseos de nuestro Martyr, le envió la muerte para librarle de la sensualidad; es prueba de que ésta es mas temible que aquella; y que la virtud de los christianos corre menos riesgo entre los dolores que entre las delicias. Y aun vosotros, Señores, me confesais esta verdad, pues honrais à un Santo que debe su gloria à los tormentos, y su vida à la muerte. Las Naciones mismas, à quienes un interés particular ha

ha dividido, ¿no están acordes en esta creencia? ¿La Francia y la España, digo, no están bien persuadidas, de que el dolor es menos temible que el placer, respecto de que una y otra solemnizan hoy la fiesta de un Martyr, que solo deseó la muerte, quando se vió lisonjeado de un Juez, y acariciado por una muger? Por lo que à mi respecta, Señora, no puedo por una parte acordarme de la union, que la verdadera piedad causa hoy dia entre estos dos Reynos, sin que me llene de amargura, al vér la guerra infelíz que por otra parte los divide. Ambos concuerdan en la estimacion que hacen de la virtud de San Vicente. Ambos conspiran à dirigirle Altares, à tributarle honores. Esto no obstante, se hallan divididos por ligeros intereses; y terminando sus litigios por medio de la guerra, derraman su sangre despues de haver adorado à un mismo Dios, è invocado en su socorro à un mismo Santo. Interponed, Señora, vuestra autoridad para reconciliarlos. Y respecto de que sois madre del uno, y hermana del otro de estos dos Monarcas, emplead vuestro credito y vuestros poderosos oficios para bolver à unirlos: para que ya que vuestro desposorio fue el nudo que ciñó estos Reynos entre sí; vuestra regencia sea el lazo sagrado que los reuna, dando una sólida paz à toda la Europa.

PUNTO CUARTO.

No se acabó el furor y la ira de Daciano, aunque se finalizó la vida de San Vicente; pues le persiguió hasta despues de muerto. Sí. Como si no

hubiera quedado satisfecho con tantos ultrages y tormentos , como le havia hecho sufrir , quiso todavía privarle del honor del sepulcro , y hacer pasto de las aves al que no havia podido serlo de las llamas. La naturaleza , à la verdad , nos inspira la piedad que exercemos con los difuntos ; y la Religion nos imprime su obsequio , y reverencia. La misma muerte que los ha destruido , parece que tambien los ha consagrado ; y que apartandolos del comercio de los hombres , los ha puesto en la clase de los Santos. Y asi , à todos se les dá sepultura , si no con la misma pompa , à lo menos con la misma piedad. Se recogen sus cenizas con respeto ; y nadie se acerca à sus sepulcros sin devocion. Hasta los mismos enemigos que los persiguieron en vida , se compadecen de ellos despues de su muerte , y derraman lagrimas en atencion à su miseria , ò à la santidad de su condicion. Pero Daciano , que no tenia de humano sino la organizacion , no estaba satisfecho con lo que havia atormentado à San Vicente quando vivo ; y asi , para apaciguar su furor , queria que las bestias feroces devorasen su cuerpo , sirviendole de sepulcro el vientre de los lobos y de los buitres. Para este fin , le hizo exponer en un campo , donde se arrojaban todas las inmundicias de la Ciudad , prohibiendo baxo de rigorosissimas penas , que se practicasen con él piedad alguna. Mas la divina providencia tomó à su cargo la proteccion de este generosissimo Martyr ; y le hizo triunfar despues de su muerte , asi como le havia hecho vencer durante su vida. Suscitó , pues , un cuervo , que con su pico , con sus alas , y con sus graznididos aturdia , y auyentaba à to-

dos los animales de rapiña que se acercaban al cadaver. Patentissimo milagro , sin duda : porque qualquiera otro animal , que hubiera hecho lo que el cuervo , hubiera dexado en duda el prodigio ; pudiendose creer , que algun sentimiento oculto (que en un hombre se llamaria piedad) le havia impedido à defender el cuerpo de nuestro Martyr. Pero el cuervo , como saben todos , es una ave carnibora que sigue à los exercitos ; que presiente las batallas aun antes que se den , y se nutre de los cadaveres que de ellas resultan ; y sobre todo , que con una especie de impiedad (si asi puede decirse) abandona hasta sus propios hijos quando nacen ; cuya dureza paterna suple con su asistencia el Cielo , como dice el Psalmista : *Et pullis corvorum invocantibus eum*. Sin embargo de todo esto , el cuervo , olvidando su natural dureza , defendió el cuerpo de nuestro Martyr ; y aunque tenia presente lo que forzosamente excitaba su apetito , obedeció el Orden del Cielo , y empleó toda su fuerza y su maña para auyentar las bestias , que se acercaban al cuerpo de San Vicente : *Mittitur corvus avis inimica cadaveribus , expositum corpus servatura etiam jejuna*.

¿No os trahe , Señores , à la memoria este extraño prodigio , lo que sucedió en otro tiempo con el Profeta Elias ? Huía este Santo Profeta de la inhumana Jezabél ; y no hallando asilo alguno contra esta cruel Princesa , se retiró à los desiertos , esperando firmemente , que las fieras no serian tan terribles como una muger enfurecida , y que los leones y los tigres tendrian algun respeto à un inocente perseguido. No se engañó en su conjetura :

porque los leones le perdonaron. Mas el hambre, que es enemigo domestico, no le perdonó. Esta implacable pasion, pues, introduxo la guerra en su seno; y encendiéndolo el fuego en sus entrañas, le amenazó con una muerte languida, pero otro tanto mas cruel. Afligido de este enemigo, se bolvió hácia el que alimenta à las savandijas en sus mismas cavernas; y en aquel mismo momento apareció en el ayre un cuervo, que le trahía un pan en su pico; y que olvidando su propension natural à la comida, se constituyó despensero del Profeta. Ved aqui, à la verdad, otro cuervo, que no cede en sus buenos oficios al primero. De modo, que si me permitis hacer la comparacion, os costará trabajo el sentenciar sobre qual de los dos deba llevar la preferencia. Ellos son dos cuervos que se oponen à su inclinacion; que se privan de la comida, por dexarse vencer de la piedad; y que para executar el orden de Dios, toman à su cargo los intereses de la inocencia. El uno lleva el pan en su pico, sin atreverse à comerlo. El otro se está al pie de un cadaver, sin atreverse à tocarlo. El primero alimenta à un hombre vivo; el segundo defiende à otro hombre muerto. Aquel reprehende la crueldad de Jezabél; éste condena el furor de Daciano. Uno, en fin, lleva de comer à Elías; otro impide que se coman el cuerpo de Vicente. Y por consequencia, queda sin resolver la preferencia, segun San Agustin: *Obtinuit Helias à corvo, dice, ut aleretur; obtinuit Vincentius à corvo ne comederetur* (a).

To-

(a) Ang. Sermon. de S. Vinc.

Todo el Pueblo salió de la Ciudad para ser testigo de esta maravilla, sin que huviese persona, que admirando la providencia de Dios, no reconociese la inocencia de Vicente, ni dexase de detestar la brutalidad de Daciano. Pero su admiracion creció mucho mas, quando vieron que el cuervo, cumpliendo con el orden que tenia, ayuntaba à las demás aves, persiguiendolas con su pico y con sus alas para que no se acercasen al cuerpo, de quien le havian constituido guarda. Y aun les sorprendió mas otro prodigio; y fue, que haviendo un lobo hambriento salido del monte en busca del cadaver, à quien por el olfato havia sentido en gran distancia; luego que llegó à percibirlo, fue à lanzarse sobre él para devorarlo; pero el cuervo se arrojó sobre él con tal impetu y estrepito, que amedrentado el lobo, desistió de la empresa, y se bolvió à entrar en el bosque. Bien podia, dice San Agustin, bien podia la divina providencia haver por sí misma impellido, que el lobo saliese de su caverna; que no se acercase al cadaver; que no hiciese ademan alguno para tocarlo. Pero quiso hacer ostentacion de este prodigio por medio del valor y fidelidad de un cuervo en executar sus ordenes, defendiendo aquel deposito sagrado de todos quantos intentasen ultrajarle: *Non tam ad inferendam injuriam lupus venit, quam ad augendum miraculi pompam* (a).

Pero oid ahora un prodigio que excede à los referidos. Mientras esté cuervo se empleaba en obe-

(a) Idem ibid.

obedecer à Dios, las aves se retiraban, los Lobos huían, y el Pueblo se admiraba; Daciano, este monstruo, digo, mas cruel que los lobos, y menos piadoso que los cuervos, no pudiendo sufrir la gloria que tenia el Santo sobre la tierra, mandó arrojar el venerable cadaver en el mar, para que así él, como su memoria se sepultasen en sus aguas. Obedecen los ministros de su furor; levantan el cadaver, le conducen mar adentro, y le precipitan en sus abismos. Buelven al punto: y quando juzgaban lisonjear à Daciano con su pronta obediencia, vén sobre la ribera el cuerpo mismo que acababan de arrojar en alta mar; reconociendo, llenos de confusion, que el Dios de los christianos es tan absoluto sobre el mar como sobre la tierra. Así sirvieron, Señores, todos los elementos al triunfo de nuestro Martyr, à la confusion del tyrano, y à la voluntad de Dios. Y como dice San Agustin, de quien he tomado yo todo el discurso, Vicente venció à Daciano, quando vivo y quando muerto. Despreció quando vivia sus tormentos, y despues de su muerte hizo inútiles sus designios. Venció, en fin, antes de morir al fuego; y domó despues de muerto, al agua: *Vicit ergo Dacianum vivens & mortuus; vivens tormenta calcavit, mortuus maria transnavavit* (a).

Confesad, Señores, que jamás haveis visto triunfo mas illustre que el de nuestro Martyr: pero confesad juntamente, que jamás haveis visto pertinacia mas feróz que la de Daciano: pues nada omi-

(a) Idem. ibid.

Idem. ibid. (a)

omitió de quanto podia contribuir à fatigar la paciencia de este Martyr, para abatir su fortaleza, para borrar su memoria. Mas todos estos sucesos, Señores, se acabaron con el tiempo; y estos momentos, que vuelan sin cesar, vieron el fin de las penas de Vicente y de las furias de Daciano. Si Ya no tiene este mas potros de tormento para extender sobre ellos el cuerpo del Martyr; mas uñas de hierro para deshacerle, ni mas hornos ò braseros para consumirle. Ni Vicente tiene ya mas prisiones que temer, mas tormentos que sufrir, ni mas fieras con quien pelear. El tiempo que acaba con todas las cosas, puso un dichoso fin à sus trabajos. Mas así como la pena, à que fue condenado Daciano, jamás podrá tener fin, así la gloria que entró à poseer Vicente, durará por los siglos de los siglos: *Transierunt omnia, & pœna Vincenzii, & ira Daciani. Nunc autem pœna manet Daciano, corona verò manet Vincenzio* (a). Daciano, pues, no puede libertarse del infierno, ni Vicente ser privado del Paraíso. Uno y otro entraron en un estado invariable, è indefectible.

En cuya suposicion, ¿qué imaginais, hombres del siglo? Ambiciosos, ¿juzgais que vuestras grandezas son otra cosa que uros sueños? ¿Impudicos, aprehendeis que vuestros placeres son otra cosa que ilusiones? Vengativos, ¿imaginais que vuestras venganzas tienen mas duracion que la de unos momentos, y que las penas con que Dios las castiga, no han de durar eter-

na-

(a) Idem. ibid.

namente? Y vosotros, perseguidos inocentes, creed, que los ultrages que sufris, pasarán con el tiempo: que los tormentos que padeceis, no dexarán en vosotros sino una deliciosa memoria; que los suplicios que han exercitado vuestra paciencia, contribuyen à vuestra gloria; y que la recompensa que habeis ya recibido, no acabará jamás. Pero acordaos, Señores, que para conseguir esta dicha, es preciso seguir los pasos del incomparable Martyr, cuya fiesta solemnizais. Sí. El menospreció las amenazas de Daciano, y venció el temor de los hombres con el temor de Dios. El triunfó de los dolores pasajeros, por evitar los eternos: y abandonó las delicias de la tierra, por adquirir los placeres del Cielo. Imitad, pues, su fortaleza en los tormentos, y su continencia en los deleytes, si quereis tener parte en la gloria que actualmente posee. No os dexeis arrastrar de los placeres propios, ni amedrentar de las amenazas ajenas: *Nos non terreat voluptas propria; nos non terreat crudelitas aliena.* Que si, como San Vicente, os defendeis sobre la tierra de estos dos enemigos, triunfareis con él por los siglos de los siglos en el Cielo. Amen.

SERMON
DE LA CONVERSION

DE SAN PABLO.

Ego sum Jesus quem tu persequeris. Dominine, quid me vis facere? Actuum Apostolorum, cap. 9. v. 5. y 6.

COMO todos los hombres son desde su concepcion pecadores; como muchos viven en el pecado, y algunos mueren tambien con esta vergonzosa y desgraciada privacion; no hay en la Iglesia festividades que mas los consuelen, que las que nos representan la conversion de otros pecadores; porque nos dan motivo para esperar la nuestra. Se aumenta, sin duda, nuestra esperanza, quando leemos, que la Magdalena pecadora se trocó en Magdalena penitente, que con sus muchas lagrimas lavó sus muchos pecados; y que supliendo su excesivo amor por las mortificaciones y asperezas, consiguió de Jesu-Christo, ò mejor diré, de su amado, una completa absolucion de sus culpas, acompañada del elogio mas honorifico: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit*